

CUENTO DE LEONES

Novela por ALBERTO L. ARGÜELLO

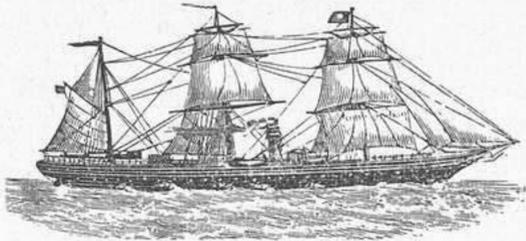
Precio de este número: 20 céntimos

GRAN SALON DE PELUQUERÍA

Boulevard de Pereda, 16.—SANTANDER

AL LADO DE LA CONFITERÍA GADITANA

SERVICIO ESMERADO



VAPORES CORREOS
DE LA
COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE
SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES
Hijos de Angel Pérez y Comp.^a
Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES
"LA MONTAÑESA"
ASTILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8
Thés y cafés superiores, Bombones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD * * * * *

* * * * * **LOS MEJORES DEL MUNDO**

Representación y depósito exclusivo en España

* * **CASA DOTESIO** * *

Wad Ras, 7 (Plaza de Pembo) **SANTANDER**

* * * * * Música de todas las ediciones. * * Instrumentos
para bandas y orquestas. * * Pianos de las mejores mar-
cas. * * Armoniums para capillas. * * * * *

Revista



Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander 1,50 ptas. trimestre
 En el resto de España 2 > >
 En el extranjero 3 > >

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.
 Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven
 los originales:

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS



Alberto L. Argüello

CUENTO DE LEONES

(NARRACIÓN INVEROSÍMIL)

I

BRILLABA la luna sobre un cielo casi metálico, más negro que gris. Bajo él desplegaba el desierto la enorme extensión de sus arenas movedizas, sobre las cuales el aire encalmado daba una extraña sensación de inmovilidad y de angustia. Mas aquel día, por magia singular, había roto el desierto su secular monotonía, presentando un aspecto por demás desusado. Manchas blanquecinas, grises y negras salpicaban en inmenso trecho la llanura solitaria, que á primera vista parecía trocada en un bosque fantástico de hongos gigantes, como si el Nilo piadoso, apagando la sed eterna del desierto, les hubiera hecho brotar en derroche copioso de humedad y frescura... Pura ilusión: ya se habían perdido de vista las raquílicas acacias, misérrimas praderas, espinos y zarzales, vestigios últimos de la vida vegetal, y, en aquel sitio, sólo el desierto era señor y soberano. Tampoco, además, la atrevida hipótesis hubiera explicado el animado bullicio, el rumor de vida vocinglera que saliendo de entre aquella sorprendente vegetación profanaba las augustas soledades.

La blanca luz, que parecía caer á plomo de las alturas, hacía innecesarias nuevas y siempre extravagantes imaginaciones, dibujando, casi con lujo de perfiles y detalles, la extraña faz de un campamento. Resbalaba en las blancas lonas de las tiendas, arrancaba á veces un destello metálico de algún arma bruñida, se hacía difusa y enigmática en los grupos de hombres que, echados ó tendidos, conversaban animadamente á las puertas de cada tienda. En otros sitios iluminaba los cuerpos de los soldados, que, entregados al descanso ó al sueño en las más varias actitudes, hacían dudar si la batalla esperaba, ó si se había dado, reñida y sangrienta, y había dejado

los tendidos cuerpos como prenda y trofeo de su paso triunfal.

No eran sólo tiendas las prominencias que en aquella parte erizaban la vasta soledad arenosa. En algunos sitios eran simples pantallas que durante el día resguardaran del terrible azote de los rayos solares, formadas muchas de ellas con prendas de vestir, suspendidas de una cuerda tirante, entre sostenes clavados en la arena.

Bajo las lonas apenas había gente. Los soldados preferían al confinado y asfixiante de las tiendas el aire libre de la noche, aunque éste tampoco era regalo, caldeado y enrarecido como estaba por los ardores de un día abrasador. Echábase de ver por todas partes que el verdadero enemigo en aquella batalla era el sol africano, implacable y tenaz.

Cinco hombres sentados á la puerta de una de las tiendas departían con animación. Uno de ellos ostentaba su busto desnudo, frotándosele, mientras conversaba, con ginebra tomada de una cantimplora que á un lado tenía, para procurarse, por la evaporación del líquido, la ansiada frescura. Los restantes, menos decisivos en el procedimiento, limitábanse á procurarse aire con improvisados abanicos.

—Os digo que esta empresa es una locura—decía uno de ellos,—que se deja atrás á todas las que llevamos hechas. El desierto es bueno para los beduinos que en él se dedican al bandolerismo ó al tráfico; para un europeo será siempre una temeridad aventurarse por estos movedizos-arenales. Quisiera yo saber ahora qué va á salir de todo esto...

—El porvenir lo dirá—interrumpió otro;—buena ocasión para interrogar á la Esfinge.

—Hoy hay dos Esfinges en el desierto—contestó el que primero había hablado,—y á fe que

no sé cual de las dos es más impenetrable. Porque el General, si no es de piedra, hay que convenir en que en ocasiones lo parece. Cuando obra no habla, no piensa, no se detiene ni reflexiona: obra tan sólo. Aisla su voluntad de todas sus demás potencias y sentidos, y la dispara, como una flecha, sobre el objeto que persigue. Yo creo que en eso está el secreto de su grandeza.

—Bien pudiera ser,—dijo entonces el de la cantimplora sin interrumpir sus friegas singulares;—pero si la flecha se dispara sobre la muralla, no hay que preguntar cuál y dónde será el destrozo. Por mi parte, juzgo esta aventura, no temeridad, sino locura rematada, cuyas consecuencias pronto empezaremos á tocar.

—Y tan pronto;—dijo un nuevo interlocutor;—estamos sin agua y mañana nos pondremos á media ración.

—¡Fuego de Dios!—exclamó el de las friegas, suspendiendo esta vez su operación, en atención sin duda á lo extraordinario del caso.—¡Pues es lo que faltaba para acabarnos de achicharrar en este horno que Dios confunda!

—¿Estás cierto de lo que dices?—preguntó el primer interlocutor al sabedor de la alarmante nueva.

—He visto la orden del General,—respondió éste lacónicamente.

La ingrata sorpresa abrió en la conversación un paréntesis breve y silencioso, que el último que había hablado se encargó de romper, añadiendo:

—El General no sueña en retroceder; pero si no posee la virtud de hacer brotar el agua de la piedra, la insensatez no tiene precedentes en la Historia, ni nombre en el catálogo de las humanas locuras. Toda la grandeza de Bonaparte no bastará á conjurar este conflicto.

El quinto personaje, que aún no había hablado, se dispuso entonces á tomar parte en la conversación. Llevaba un blanco vestido flotante, á la usanza oriental, y había permanecido hasta entonces como abstraído, acariciando con una mano las arenas caldeadas. Tosió levemente y dijo después:

—Por dos veces, en breves momentos, os he oído hablar de la grandeza de Bonaparte. Estáis profundamente equivocados. Napoleón no es grande por su genio, por su valor, por sus acciones: es solamente vuestra pequeñez la que constituye su grandeza. Vuestra debilidad os parece

su poder; vuestra inercia, su actividad; vuestra miopía, su profética videncia. Pero si el último de vosotros se irguiera delante de él y sostuviera su mirada, Bonaparte bajaría la suya; porque todo su valor es confianza en vuestra cobardía, y toda su audacia tendría por límite la primera mano que se extendiera delante de él. Si vivieran mis leones, os los enseñaría, arrastrándose humildes á mis plantas, replegados y medrosos, dirigiendo á mi látigo de alambre la mirada furtiva... ¿porqué? Porque yo les había hecho creer mi fuerza superior á la suya: les había hecho olvidar que un zarpazo del último de sus cachorros, hubiera reducido á la nada, su verdadera proporción, mis bríos engañosos y mis fuerzas mentidas... Pero no puedo enseñarlos: el incendio los carbonizó, destruyendo con ellos mi hacienda, mis ilusiones, mi vida entera... ¡Oh, mis leones! ¡Mis pobres leones!

La emoción del recuerdo hizo temblar la voz del orador, deteniéndole breves instantes. El resto del grupo escuchaba sin gran interés, como si la forma desabrida y el giro final del relato les fueran familiares.

—Este hombre no se consuela de la pérdida de sus leones,—dijo uno de los oyentes.

—No hay asunto ni conversación que no le recuerde su desdicha,—afirmó otro.

—¡Oh, sí!—prosiguió entonces el extraño personaje, reanudando su interrumpida oración.—Vosotros sois pequeños: muy pequeños... Murmaráis de vuestro General; en momentos lúcidos juzgáis locura sus empresas, maldecís del látigo que os azota, abomináis de su insoportable tiranía... ¿Porqué no hay uno entre vosotros que se acerque á su tienda y con entero corazón y serenidad de hombre, le diga cara á cara los sentimientos de todos los demás?

Una general y ruidosa carcajada acogió la extraña proposición. Y como si ésta, más que tal hubiera sido el punto final del debate, rebulléronse los trasnochadores, alguno de ellos penetró en la tienda, sacando de ella una pequeña almohada, y todos se dispusieron á buscar la más cómoda postura para pasar la noche. Mientras duraban los preparativos, uno de ellos se encargó de contestar.

—Amigo, la idea nos parece excelente. Puedes encargarte de realizarla: te nombramos nuestro embajador y ministro plenipotenciario cerca de Napoleón. ¿Cuándo te quieres encargar de llevarle el mensaje?

—Todo lo que os he dicho—contestó el interrogado,—había pensado repetírselo á él esta misma noche.

Los preparativos para el descanso continuaron unos instantes más. La réplica singular del personaje del blanco vestido no mereció más piadoso comentario que este que sigue, soltado á media voz por uno de los oyentes:

—Está borracho.

Poco después se extinguían totalmente ruidos y murmullos y el silencio parecía gravitar sobre el campamento. Desde lejos, sólo una tenuísima capa de vapor sutil, que más bien parecía trémula palpitación, trepidación casi invisible de las capas del aire, delataba la presencia de la colmena humana en aquel punto del desierto. Después venía la calma absoluta, la augusta soledad, evocación de lo grande y de lo eterno. A lo lejos velaban las Pirámides, irguiendo las vetustas moles sobre las arenas milenarias.

II

Golpe terrible en verdad había sido el que Pedro, el domador de leones, había recibido con el incendio y destrucción de la barraca con que diariamente atraía la admiración de los moradores de El Cairo. Allí se achicharraron sus tres leones, que como á dóciles perros gobernaba, y que, presos entre los férreos barrotes, hubieron de servir de pasto al incendio, dejando oír desde leguas sus potentes y temerosos rugidos. Durante algunos días, vióse al domador recorrer de continuo el lugar de la catástrofe, aniquilado y congojoso. Exaltóse después su dolor, traducéndose en lamentos y alaridos, entre los que se escuchaban los nombres familiares de las fieras, evocados en angustioso recuerdo. Temióse por su razón y por su vida en presencia de tamañas muestras de dolor.

En el campamento cayó como llovido del cielo y fué acogido sin extrañeza por los soldados, cuya lengua hablaba como la propia, y con los que había hecho algunas marchas, sirviéndoles de mucho en punto á instruirles de algunos usos y costumbres necesarios en aquellas desoladas regiones. Alguien indicó la posibilidad de haber dado cordial acogida á un espía enemigo; pero alguien también, mejor informado, aseguró que se trataba de un aventurero español que no daba ni tomaba nada en lides guerreras ni políticas.

Fué, pues, el domador, amistosamente recibido por los soldados, á los que había relatado su

desdicha, recibiendo en pago, ya piadosos consuelos, ya burlas despiadadas, que él acogía casi por igual, con indiferencia suprema, convencido, sin duda, de que en punto á devolverle su hacienda y antiguo bienestar, tan eficaces eran los unos como las otras. Su dolor, á pesar del transcurso del tiempo, no parecía calmarse, sino antes bien, se exacerbaba y acrecía y los soldados llegaron á notar en aquel vagabundo ciertos asomos y comienzos de extraño desvarío. Por todo lo cual no era para sorprender el poco caso que de sus opiniones y pláticas hacían.

Dormía, pues, el campamento. El domador alejose del sitio donde le dejaron las últimas palabras de los soldados, recorriendo al azar las extrañas avenidas y calles que tiendas y pantallas, hombres tendidos, filas de camellos, pertrechos y bagajes, semejaban formar en el desierto. Era toda una vasta ciudad que más parecía caída de la luna ó abortada por las arenas candentes, que puesta en tan extraño lugar por una sola voluntad humana.

El solitario personaje detúvose al cabo de un rato de vagar en un paraje poblado más que ninguno de durmientes humanos tendidos sobre la arena. Contemplele como en tranquila meditación y avanzó por los espacios vacíos que aquellos entre sí dejaban. La fantástica ciudad parecía formar allí una especie de plazoleta reducida, en cuyo centro se erguía una tienda en poco ó en nada diferente de las demás, salvo en la circunstancia singular de encontrarse iluminada por dentro. Próximos á la entrada había dos centinelas; por tales, á lo menos, podía delatarles el sitio que ocupaban, aunque no ciertamente su actitud ni su celo vigilante. Ambos dormían como bienaventurados y uno de ellos lanzaba sonoros ronquidos.

Pedro les contempló breves instantes, con extrañeza mezcla de desprecio y de piedad, mascullando después estas palabras:

—Creí que me harían esperar más tiempo... Milagros del aguardiente de Dantzig.

Sacudió después la cabeza con arrogante movimiento, quizá aprendido de alguno de sus viejos leones, tendió la diestra mano hacia la tienda con ademán profético y con acento proporcionado al ademán dijo enfáticamente:

—Napoleón, hijo del rayo, genio de la guerra.. Ahora veremos si eres gozque inofensivo ó cachorro de león.

Y avanzando después con paso mesurado,

levantó tranquilamente el tapiz de la entrada y penetró en la tienda.

III

Bonaparte no dormía, como hacía presagiar la tienda iluminada. Escribía, sentado con el mismo sereno continente con que años después había de firmar sus decretos desde el sillón imperial, sin que su rostro revelara fatiga, ni cansancio, ni calor, ni ninguna, en fin, de las contrariedades que sus soldados lamentaran. Al frente de su ejército era hombre de todas las latitudes. Escribía y conversaba á la vez con el general Adreosi, encargado, en unión de Lefèvre y Malus, de la exploración de los lagos y canales, en aquella singular expedición.

La blanca aparición de Pedro en el umbral hizo levantar la cabeza á los dos generales. En el recinto iluminado destacóse la fisonomía del intruso. Era expresiva y simpática, de hombre joven, no llegado á los treinta años, mas de rasgos enérgicos y duros sobre toda ponderación. Ni barba ni bigote oscurecían la serena rigidez de sus músculos, que el tinte moreno de su tez parecía definir y completar.

Adreosi llevó la mano al puño de su espada en un movimiento instintivo. Bonaparte, para quien no existía lo imprevisto, no se movió. Fijó la mirada tranquila en el desconocido y preguntóle brevemente:

—¿Qué quieres?

Pedro avanzó un paso y respondió con no menor tranquilidad y sosegado acento:

—Te traigo una embajada.

Adreosi, en presencia de aquellos dos hombres serenos, estuvo á punto de avergonzarse de su primer sobresalto. Recobró, por contagio, su serenidad, y, encarándose con el recién llegado, exclamó:

—¡Pues vive Dios que la hora de negociar y el modo de anunciarse son dignos de la traza del embajador! ¿O es que son estos los usos y costumbres de los que te envían?

—Vosotros lo sabréis mejor que yo—replicó tranquilamente el aparecido—, porque no soy embajador de los extraños, sino de los propios. Tu ejército, Napoleón, es el que me envía y en su nombre quiero que me escuches.

La imperturbable calma del aludido no bastó á contener un leve movimiento de sorpresa. Adreosi miraba alternativamente á los dos personajes, dudando si soñaba; mas el domador, sin

hacer caso del uno ni del otro, soltó la siguiente arenga, afirmando cada vez más su tono de categórica convicción:

—Tus soldados reniegan de tí, sufren de sed y de cansancio. Descontentos y quejosos de tu yugo, te obedecen por miedo... ¡miedo singular de una multitud hacia un hombre!; te aclaman, por costumbre; te siguen, por único recurso. Ni aun tus generales te admiran. La empresa loca que has imaginado, comienza á dar los únicos frutos que de ella podían esperarse. Sensaciones de malestar y de zozobra, quejas aisladas, murmullos de descontento vagos é imprecisos, recorren como siniestro calofrío las filas de tu ejército... ¡Ay de tí si los gérmenes de rebelión aislados llegan á encontrarse y se encienden los unos contra los otros, como fragmentos de pederal! A la primera chispa ya sería tarde para sofocar el incendio... Pero hoy, te lo vuelvo á decir, aún eres temido: tan temido que entre todos tus hombres no hay ninguno que se atreva á decirte, como yo: «General: vuelve atrás y no tientes á la suerte; esta empresa es una locura».

Napoleón, con los labios entreabiertos y los ojos ligeramente entornados, había echado hacia atrás la cabeza y contemplaba al orador sin dejar ver pintado en el propio semblante otra sensación que la de una extraña curiosidad. El otro general seguía dudando si soñaba.

—Desde mi adolescencia—prosiguió Pedro,—ha sido mi única profesión domar leones. Tan cerca como á tí he tenido al león de Berbería, de cuerpo robusto, ancho pecho, cabeza cuadrada, larga cola rojiza, rugido tremebundo; león heráldico que concentra en su parte anterior toda su grandeza, su fuerza y majestad; al león del Senegal, de crines pardas y de mirar inquieto; al de Persia, de guedeja arrogante, manchada de gris... Juzga si temeré tu presencia y cesa en la necia curiosidad que te inspiro. Porque es menester que me escuches algo más. Te crees grande y eres un vulgar ambicioso; te crees sabio y todo lo ignoras; te crees genio y la pomposa arenga á tus soldados que tal vez en este instante componías, pone de manifiesto, como todas las tuyas, tu mediocridad irrisoria... ¡Grandeza, genio, sabiduría singulares! Aún resuenan en Alejandría los ecos de tu última proclama: «Hemos destruído al Papa y á los caballeros de Malta: todos nosotros somos musulmanes»... ¡Musulmán entre musulmanes, cristiano entre cristianos, César de pega, Aníbal de cartón...

¡Ante tus actitudes de histrión ridículo, desde lo alto de las Pirámides cuarenta siglos se ríen de tí!

Desde los comienzos del temerario apóstrofe, una intensa palidez, que no hubiera jamás logrado producirle la boca de un cañón que le apuntase, se había difundido por el rostro de Napoleón. Púsose en pie. Los músculos de acero de su rostro vibraron por primera vez en su vida, y al nunca oído ultraje, inesperado, absurdo, inconcebible de aquel insensato, los ojos del coloso, despidiendo centellas, se fijaron en los del domador. Este sonreía. Adreosi ya estaba cierto de que no soñaba, aunque aquella escena le parecía demasiado inverosímil para sueño.

— ¡Oh! — prosiguió el domador al notar el efecto producido por sus palabras. — Seguro estaba de la eficacia de mi golpe... Nunca me ha fallado... Cuando hay que castigar al león, es infalible el latigazo en la nariz. Todo él es de roca; en cualquier punto de su cuerpo, recibe el golpe con indolencia, parpadea impávido, bosteza de hastío con indiferencia soberana: mas en aquel girón de carne viva y palpitante, el dolor le produce fiero, punzante, irresistible paroxismo: entonces los ojos se incendian, las contraídas fauces dejan paso al bramido omnipotente, la garra se tiende en amenaza, torva, vengativa, siniestra... Pero tú sólo entiendes de guiar rebaños, no de domar leones. No sabes del placer de avasallar á las fieras, de sentirse por ellas temido y esquivado... Por eso no te explicas mi presencia. Mas el león es en sus venganzas más afortunado que tú: él puede alcanzar con su zarpa al hombre audaz que le irrita y exaspera: tú no puedes vengarte... ¿Sabes quien soy?... Un vagabundo sin hogar y sin nombre... Me llaman, á secas, Pedro el domador. ¡Donosa venganza sería atravesarme con tu espada, á mí, polvo que te asfixia, perro que te ladra, andrajo que te azota! ¡Digna venganza de un héroe y proporcionada á la ofensa, por mi vida! Es un nuevo placer que no he experimentado con mis fieras, este de ser, el ofensor, átomo, y el ultraje, infinito.

El domador volvió á sonreír al final de este período, dicho tranquilamente, con fácil ironía, casi con gracia. Durante él todos los nervios del caudillo temblaron y danzaron en extraña orgía, en extravagante borrachera, con temblor casi imperceptible. Pasó después por el rostro una sombra trágica... Pero alguien mandaba

dentro y encadenaba aquella desatada tempestad: los nervios encalmados, recobraron, distendiéndose bruscamente, su habitual rigidez, y las facciones un instante alteradas buscaron nuevamente el equilibrio en el rostro severo. Aquellos genios del valor y de la audacia, cruzaron entonces las miradas igualmente tranquilas. Hubo una breve pausa tras de la cual Bonaparte habló, con voz casi jovial, en la que ni la más ligera inflexión delataba rastro alguno de la pasada tormenta:

— Bien has desempeñado tu embajada, á femía. Pero si no traes más que eso, di á mis soldados que no hayan temor á que les falte el agua ni la gloria. Y en cuanto á los otros puntos de tu embajada, si quieres saber mi contestación, vuelve mañana por ella al mismo sitio y á la misma hora.

El embajador saludó militarmente y desapareció de la tienda. Napoleón se frotó las manos rápidamente y se volvió hacia Adreosi petrificado.

— ¿Qué opináis de esto, general?

— ¡Señor!... ¡Es un loco!... ¡Y le habéis despedido sin hacerle dar cien palos!

— No es un loco. Es más grande que yo.

— ¡General!

— Lo parece á lo menos y eso es lo que necesito saber. Hallaos aquí mañana á la misma hora, porque volverá seguramente. Y de lo ocurrido ni una palabra, general.

IV

Mucho distaba entonces Bonaparte de haber alcanzado la aureola soñada que había de presentarle en la Historia como figura singular y única, como ejemplo y maravilla de conquistadores, como hombre, en fin, llamado á trastornar el curso de su siglo y á empujarle por nuevos y no esperados derroteros. El águila volaba todavía á ras de tierra, y aunque ya dejaba ver la majestad y fortaleza de sus alas, no había osado todavía remontarse. Mas ya Francia le había tributado desusados honores; ya los periódicos habían referido todos sus actos y palabras, como se hace con los reyes; el Instituto le había contado entre sus sabios; la calle en que vivía llamábase en su honor «calle de la Victoria»... Ya entre sus generales era indiscutible é indiscutido; ya su voluntad, soberana y señora, se había acostumbrado á ser respetada, con respeto casi religioso, tan pronto como hacía su triunfal aparición.

Así que el capricho singular del domador tan á feliz término llevado; la temeraria tentativa de hacer enseñar los dientes á aquel león del desierto, son cosas tan fuera del curso de los acontecimientos humanos, que á haber sido esta verdadera historia, hallada, como otra inmortal, en algunos viejos cartapacios, quisiera el autor que el anterior capítulo se tuviera por apócrifo, ni más ni menos que el famoso de la cueva de Montesinos. Mas parece cosa puntual y fuera de duda que los acontecimientos de aquella noche memorable sucedieron tal y como quedan relatados.

Nadie supo en el campamento la inverosímil escena de que la tienda de Bonaparte había sido testigo. Nadie tampoco á la noche siguiente advirtió como Pedro acudió puntualmente á la cita que aquel le diera. Solamente los dos generales parecían estar en el secreto, aunque en el de la llegada del domador, estábanlo también á no dudar, los centinelas de la tienda. Eran estos dos distintos de la noche anterior, y era de presumir que algo inflexible y trágico encerrara aquel al parecer sencillo relevo. De todas suertes y aunque ambos parecían harto despiertos y avisados ninguno se movió cuando el domador se aproximó á la tienda, ni aun cuando en ella penetró con el mismo tranquilo continente que la noche pasada. Los dos generales ocupaban los mismos puestos de la víspera.

—¡Hola, domador! — exclamó afectuosamente Napoleón al ver entrar al visitante. — Veo que cumples tus palabras.

—¿Porqué no cumplirlas? — replicó Pedro sencillamente.

—No hay, en efecto, ningún motivo que lo estorbe, — contestó Bonaparte — pero no malgastemos el tiempo. Quiero dirigirte unas preguntas. ¿Estás dispuesto á contestarlas?

—Cuando queráis.

—¿Estabas anoche borracho?

Pedro abrió con sorpresa los ojos y moviendo lentamente la cabeza á derecha é izquierda, respondió:

—No, general.

—¿No recuerdas todo lo que me dijiste?

—Perfectamente.

—¡Bravo! — dijo Bonaparte extremando su tono satisfecho y jovial. — ¿De modo que de nada te pesa, ni de nada tienes que arrepentirte?

El domador dejó ver la misma sonrisa de sus discursos de la noche anterior y contestó:

—Absolutamente de nada.

Bonaparte sonrió también y alzando la voz tras una breve pausa:

—Hombres de tu temple, — dijo, — no merecen que la suerte incendie sus barracas, ni destruya sus fortunas. Hombre eres á fe como ninguno he hallado, y cuenta que he conocido á muchos. Me doy el parabién de haberte encontrado y doy gracias á mi estrella que no ha querido que me alcance una bala sin dejarme ver un hombre de una pieza: un hombre que hubiera hecho á Diógenes apagar la linterna buscona. Domador: Bonaparte es tu admirador y tu amigo.

Pedro se encogió de hombros con aire indiferente. Napoleón volvió á sonreír. Tomó después una cartera de cuero que descansaba sobre la mesa y alargándosela al domador, añadió:

—No es dádiva de rey, sino más bien tributo de vencido. Nada hay en este oro que pueda humillarte. Acéptalo, amigo mío; con él reharás, si así lo quieres, la brava industria de que vivías... Creo que eres español. Si sientes la nostalgia de la patria, vuelve á ella y vive feliz. Haz lo que quieras. No te impongo condición alguna: ni aún la del silencio. Cuenta donde quieras tu brava aventura; nadie la creerá y con ello no puedes hacerme daño. ¿Quién habrá de creerte que has sacado un chorro de oro del golpe en las narices al león? No hay en toda la mitología una fábula tan sorprendente.

Pedro hallóse repentinamente con la cartera entre las manos; singular talismán que dió al traste con toda su intrepidez y con su audacia soberana. Turbóse y se sintió agitado por calentamiento temblor. Alguna voz interna le advirtió que perdía aquella batalla... Mas antes de poderla prestar atención, vió á sus leones resucitados, oyó los alegres bramidos de las fieras queridas... Quiso moverse y se encontró clavado; quiso hablar y se sintió mudo. Los dos generales conversaban aparte en el tono ordinario y normal... Cuando se dió cuenta de sí, hallábase ya fuera de la tienda y oprimía convulsivamente la cartera recibida, tambaleándose como un ebrio bajo la pálida luz de la noche africana.

V

Al quedarse solos los dos generales, Bonaparte dijo:

—No es prueba decisiva, pero es á lo menos una preparación para ella. De todos modos... Soy yo más grande que ese hombre. Y eso que

para esta batalla no venía preparado y he estado á pique de perderla.

—Sois incomprendible—replicó Adreosi.—¿Es posible que hayais tomado en serio este asunto? ¿No hubiera sido preferible despedir á ese loco?...

—Hannón, cartaginés — dijo Bonaparte sin contestar,—fué el primer domador de leones. Le expulsaron de su patria... ¿Sabéis porqué, general Adreosi? Porque dijeron que el que de tal suerte avasallaba á las fieras, sería muy capaz de domar á los hombres por el mismo arte. Ya veis que no soy el primero que ha juzgado posible esta teoría. Ahora es necesario saber si, además de posible, es cierta.

—¿Luego pensais llevar la experiencia adelante?

—Ningún asunto dejo comenzado—dijo lacónicamente Napoleón.

—Repito que sois incomprendible.

—Para vos á lo menos—concluyó Bonaparte poniéndose en pie.—Siento que no veais el final de esta aventura, pero no puede ser tan inmediato como para ello sería preciso. Sabed sólo que hay diversas maneras de domar leones. Ese bárbaro los doma á latigazos. No me disgusta del todo el procedimiento, pero á veces prefiero el de darles morfina que les debilita y enerva... Pero es tarde; descansad y no penseis más en este asunto. Buenas noches, general.

Salió Adreosi de la tienda. El caudillo permaneció pensativo unos instantes. Sacó después rápidamente de uno de sus bolsillos un minúsculo libro de memorias. Pasó unas cuantas páginas y se detuvo frente á una hoja encabezada con este extraño rótulo: «Nombres que conviene no olvidar».

Eran á lo sumo hasta una docena, alguno femenino, y ninguno de tan plebeya calidad como el que á continuación había de inscribirse. Porque el general, inclinándose sobre la mesa, escribió una línea más á continuación del último nombre: línea que formando con sus hermanas peregrino contraste, decía solamente: «Pedro el domador».

VI

Corrieron los años, como suelen, y hasta cinco ó seis transcurrieron después, de los sucesos que puntualmente quedan referidos. Pedro había puesto en pie la incendiada barraca y resucitado las fieras destruídas, y, tras larga y triunfal pe-

regrinación por tierras extranjeras, habíase establecido en la capital de las Españas, ganoso de obtener de los propios el aplauso y la admiración que los extraños no le habían regateado. Pero aunque siguiera con nuevos bríos y entusiasmos mayores entregado á su primera profesión, nada en él recordaba al aventurero de los arenales de Egipto. Y no es que le faltara tan sólo la oronda vestidura que por toda gala y decoro lucía en el desierto, (que esto no fuera maravilla atendiendo á que cada tiempo y cada tierra piden su peculiar manera de vestido), sino que el roce y contacto con más clementes y civilizados países, había borrado de su tez el subido matiz que las brisas y los soles de otras latitudes le habían impreso, y á su voz y sus ademanes, aunque siempre algo bronca la primera y ásperos y angulosos los segundos, hécholes perder algo de su rudeza natural. En cuanto á bienestar y fortuna, dicho se está que el trueque y mutación habían sido más completos aún y que era Pedro otra muy diversa persona que antaño, por arte y maravilla del inesperado remate de su aventura del desierto.

Nadie conocía ésta, ni humanos oídos merecieron jamás del domador escuchar la confidencia del suceso. Al silencio guardado por Pedro en cuanto á ella se refería, contribuían, no tanto su inverosimilitud que la hubiera hecho aparecer como sueño de un loco más que como sucedido de realidad indiscutible, cuanto la ingénita altivez del domador que encontraba desafiada y humillante la aceptación de aquella dádiva que de tal suerte le había cambiado. Sólo el amor á sus leones y la consideración de que sin aquella nunca hubiera vuelto á mirarles en torno suyo, riendo con sus rugidos el himno de una voluntad formidable, pudieron haberle movido á transigir con aquel indigno final de la más brillante página de su vida. Mas toda aquella página, del prólogo al epílogo, ¿habría sido, por ventura otra cosa que un sueño extravagante? He aquí una pregunta que Pedro se hacía muchas veces. Sueño, en efecto, le parecía y no otra cosa el desenlace original é incomprendible que había tenido aquel rasgo de audacia sin precedentes en la Historia y la misma concepción y ejecución de este más bien semejaba engendro enfermizo de una fantasía alucinada que suceso que hubiera tenido vida y existencia. ¿Qué loco resorte de su voluntad, qué fibra saltarina de su cerebro pudieron dar primero origen y después impulso á la disparata-

da tentativa? Aquello era sencillamente absurdo; como absurdo era también no sólo haber visto á la empresa coronada de un éxito magnífico, sino galardoneada con pródiga largueza... Más por otra parte, toda la historia del domador, á partir de aquella fecha inolvidable, era un testimonio clamoroso de la realidad del hecho. El sueño no se había disipado con la rapidez con que acostumbra hacerlo los sueños de doblones; persistía, por el contrario, y sólo dando por bueno y aceptando «que toda la vida es sueño», pudiera calificarse de tal aquella ya lejana aventura, en la que seguramente, la exaltación y delirio que al domador produjera la muerte de las fieras queridas habían tomado una parte principal.

Otras veces, por el contrario, huía la duda, y los hechos se presentaban en la mente de Pedro con luminosos perfiles de absoluta certeza. Sorprendíase entonces de haber dudado y parecíale más lógico negar la luz al sol y el agua á los mares que la realidad á un hecho por tan claros testimonios defendido. Persuadido entonces de la efectividad de aquel momento de su vida, sentíase orgulloso y satisfecho, y cuando leía ú oía contar maravillas de la grandeza napoleónica, que ya día por día tomaba proporciones legendarias, parecíale, y no ciertamente sin razón, que aquella gloria reforzaba y acrecía la que á él habría de corresponderle, si alguna vez, por capricho de la suerte, viniera á ser conocida la historia del domador de leones.

Solamente, como queda dicho, le escarabajaba en lo interior, allá en el rincón donde guardaba los puntos de honra y las hidalgas altiveces, aquel haber aceptado la merced de Bonaparte, con la que éste, en cierta manera, se había reservado, pese á aclaraciones y distingos, el papel de soberano que premia y aplaude... Verdad es que lo inesperado del caso y la inconsciencia de Pedro atónito, ponían en aquel pecado cierta sombra de atenuante; pero esta se extendía no más que á los primeros momentos de ofuscación, y de ningún modo llegaba á cubrir con piadoso velo la no retractación posterior de su conducta en aquella misma noche ó en el siguiente día, que ofrecían para hacerlo apropiadas coyuntura y sazón.

Procuraba Pedro desechar estos pensamientos y olvidábalos totalmente á la vista de sus magníficas fieras, que seguían constituyendo su pasión y su encanto. Hacía con ellas milagros de valor y de audacia, y cuando, con el látigo en la mano,

las hostigaba sonriente, impávido, sereno, mientras ellas reflejaban en las verdes pupilas lucecillas fosfóricas de pavor y de espanto; cuando una tempestad de aplausos delirantes servía de remate glorioso á los temerarios ejercicios, sentíase feliz y nada echaba de menos en el mundo.

VII

¡Diantre de amor! Es dura cosa esta de que no haya novela, ni comedia, ni relato de apacible entretenimiento en que no aparezca á los ojos del lector, ya con sus trapisondas y marañas, ya con sus altos heroísmos de pasión ardiente, ya con curso tranquilo honesto y sosegado; que de tantas y más maneras de hacer su aparición dispone tan traído y llevado personaje. Mas es lo cierto que el autor no puede rechazarle ni despedirle del relato, por ser su juego en esta historia una de las cosas más averiguadas y ciertas de cuantas en ellas se contienen.

Pedro estaba enamorado: no cabía duda. Diéranle á él cien leones, y tal vez uno á uno, sin más que su voz y su látigo les sojuzgara y abatiera; pero nadie le dió tal, sino algo más grave y de mayor cuidado: unos ojos negros y flechadores, que no brillaban inflamados con destellos rojizos ni amenazaban salirse de las órbitas; antes bien acariciaban piadosamente y miraban agradecidos y risueños. Otra diferencia muy de notar había en el asunto: que las miradas fulmíneas de los monstruos se estrellaban y morían en la del domador, mientras que la de aquellos ojos la arrollaron y burlaron su fuerza y poder, entrándose ellas tranquilamente, hombre adentro, hasta las más ignoradas y profundas reconditeces.

Llególe, pues, la calentura á aquel león. Y en verdad que aquella chiquilla que tal milagro consiguiera, no era del todo desproporcionada á su triunfo. No podía calificarse de belleza; mas en el duro contraste de la nieve de su tez con la negrura de sus ojos y sus rizos, en el inverosímil alarde de su cintura, en el garbo y donaire de sus movimientos, había á no dudar algo irresistible y misterioso que fascinaba y atraía; sortilego poder, quizá emanación inexplicable, magnético fluído de los ojos brujos, que en las mujeres de su especie había de atraer la atención pensativa de Goya y el análisis de famosos noveladores de allende el Pirineo. Mujer nacida para la mantilla; maja, en fin, con todo su rotundo poderío, con su luz y sus sombras; es decir

pesadilla y ensueño á la vez, que arrolla cuando pasa y clava cuando mira.

Carmen llamábase la niña, nombre, como los ojos llenos de peligros. No podía llamarse de otro modo. ¡Qué diablo de criatura! Ella se había bastado para torcer el curso de una existencia y para poner en ella como ideal en vez de la línea quebrada, todo asperezas y desigualdades, la línea curva de grácil y perezoso desarrollo. Una vez más Sansón se había dejado cortar la melena por los dedos traviosos de Dalila. Los leones huyeron en pavorosa fuga del alma de Pedro al darles en la pupila soñolienta el rayo de sol de la mirada luminosa; mas al hacer puesto al amor, algo tan bravío é indómito como ellos dejaron en aquella habitación que cambiaba de inquilinos. Aquel amor crugía y bramaba, ni más ni menos que los feroces huéspedes sus antecesores.

Mas el vencido fué vencedor á la vez. Aquella mujer inquietante, digna de figurar en un lienzo de Goya con las manos cruzadas detrás de la cabeza y los claveles asomando por entre las ondas del negrísimo pelo, no contestó al requiebro amoroso con el donaire insultador. Prendóse á su vez de la brava rudeza del galán, y comenzó el idilio, sin que fueran necesarias para ello, por parte de aquél, no ya las armas del madrigal y del acróstico, mortales en la época, sino ni aún las más elementales de que la galaetería y la discrección echan mano en la amorosa estrategia. Con ellas le hubiera despreciado ¡bonita era la niña!; mas sin ellas, franco y apasionado y sincero, hubo de conmovirse la diosa y correspondió con franco desenfado á la brava pasión que inspiraba. Era una digna conquista de una hembra como aquella la de un hombre que domaba leones.

Establecióse, pues, entre aquellas dos almas la misteriosa comunicación. Y como amor es confianza, no tardó la niña en querer escuchar de labios de su amante la pesada historia de la vida de éste, acerca de la cual seguía él guardando continua y silenciosa reserva.

VIII

Presentábase en este punto para Pedro una grave dificultad. ¡Con qué orgullo hubiera relatado á Carmen, la arrogante, la gallardísima historia de su aventura de una noche!... Para ella sola, que le amaba, no sería sueño ni locura, sino revelación brillante de un alma de grandeza

sin par. El amor es tan creyente que vive de creer. Mas la franca declaración de la singular aventura, llevaba consigo la dolorosa confesión de haber sido ésta empequeñecida, más bien anulada, en cuanto tuviera de audaz y de grande por la servil aceptación de un puñado de oro... Y otra vez la punzada dolorosa de este recuerdo, aumentando en intensidad, venía á ensombrecer la satisfacción de evocar aquel otro, su hermano gemelo.

Ocultar esta parte de lo acaecido, borrar de su relato aquella página de ignominia, parecíale tener tanto de indignidad y de bajeza como la misma página borrada. Además, ¿cómo explicar sin ello haber salido con bien del formidable caso? ¿cómo explicar el origen de su fortuna, la restauración de su industria destruída y otros episodios de su existencia, tan íntimamente ligados con la posesión de aquel oro bochornoso? ¡Ah! ¡Cuánto diera él por haber rechazado aquella merced señorial en aquella noche de su vida, diciendo al orgulloso donante: «Guarda tu oro para tus lacayos y servidores, no para el hombre que te ha vencido y humillado... Entonces pudiera contar íntegra la aventura á su amada y ofrecérsela con la frente erguida y el brioso corazón satisfecho y radiante. Pero no: entonces no pudiera tal, porque el ignorado final de este nuevo giro dado al extravagante suceso, hubiera seguramente trocado los acontecimientos por venir y más fácil hubiera sido, en este caso, que los amantes no se hubieran jamás encontrado ni conocido.

Hallábase, pues, el domador, sin ver solución ni luz por ninguna parte para aquel problema que le envolvía y acosaba. Carmen, por su parte, se afirmaba en su justa curiosidad con tenaz insistencia, y empezaba á mostrarse desdeñosa y esquivada ante las evasivas y aplazamientos de su amante en orden al asunto debatido. Un día hubo de hablarle así:

—No es el esconderme tu vida la señal más clara de tu limpio querer. Míos y sólo míos han de ser los pensamientos del hombre á quien yo quiera: suyos serán también los míos, que así se muestra la voluntad. Agravio es tu silencio y desamor tus excusas: no has de quejarte si recibes la paga en la misma moneda.

Y Pedro la había respondido:

—Ni desamor ni agravios presupone mi silencio... Mi historia ha sido la del huracán que recorre lejanos países. Vagabundo en tierras apar-

tadas, he sabido de la pobreza, del menosprecio y del pesar: azares de la suerte me han levantado de ellos y han guiado mis pasos por extraños é increíbles caminos. Tal vez como el huracán he bramado; he azotado como él al roble corpulento y le he visto encorvarse á mi soplo de gigante... Pero no me preguntes más, porque no está en mi mano satisfacer á tus deseos. Contentate con saber que el huracán ha llegado á tus plantas y se ha convertido en brisa mansa y acariciadora... ¡Oh amor mío!... Pídemelo imposible mayor que tu corazón y tus sueños hayan podido entrever: pero no me pidas que te hable de mis pasados años, perdidos y estériles, puesto que en ellos no te amaba ni conocía...

Mas no estaba la niña para requiebros y así le respondió:

—Ni brisa ni huracán, sino viento engañoso y vacío son tan prolijas razones, encubridoras de las verdades que busco. Mentira es tu querer y maldición que me echaron el haberte conocido. Veinticuatro horas tiene el día: por tu salud que las cuentas bien mañana y pienses en ellas si has de hablar ó callar... Porque si en ellas no tengo lo que quiero, ya puedes hacer cuenta de que nunca me viste y de que el amor que te tuve se le llevaron tus brisas y huracanes...

No esperaba Pedro tan terrible dilema, cuya proposición hubo de dejarle petrificado y atónito... Renunciar al amor de aquella mujer era renunciar á la vida. Había que hablar. ¡Pero aquel episodio gigante en su principio y envilecido en su remate era imposible de confesar por un hombre enamorado á aquel alma femenil intrépida y bravía, en donde parecían caber todas las arrogancias y todas las grandezas! A la sóla idea de tal confesión, parecía ver al desdén, burlón y compasivo, asomarse á los ojos y á los labios de la mujer altiva, como primera nota de una gama injuriantes en la que le parecían caber todos los desprecios... Quizá sus temores eran justos; quizá también... Quizá también fué sólo un capricho del amor dotar á Carmen, vista desde Pedro, de tan inflexible severidad en el posible caso de que ella tuviera que actuar de juez en aquella causa original y extraña.

Mas fuera real ó fingida aquella contingencia, era para Pedro origen de terrible mortificación y desasosiego. Por liviana que fuera, losa de plomo parecía á veces capaz de sepultar una pasión que era toda su vida, que al salir de su alma se llevaría adheridos girones de ella, deján-

dole sólo restos miserables y caducos para martirio sempiterno...

Aquella noche llegó Pedro á su casa calenturiento y abatido, sin hallar término á sus desvaríos y cavilaciones. Aguardábale un pliego cerrado á él dirigido. Abrióle distraídamente y leyó lo que sigue:

«Un antiguo conocido con quien una noche hicisteis amistad en una tienda del desierto, se hospeda en el Parador de Madrid, en donde os espera esta noche á las dos. Entrad sin llamar y no faltéis, que el asunto os interesa.»

La sangre afluyó al corazón de Pedro, é incapaz de alojarse toda en tan estrecho recipiente hubo de subir también á la cabeza, colocando por un instante ambos órganos en dolorosa tensión. Repartióse después con mayor regularidad y más pausado ritmo, dejando al hombre sereno y capaz de pensar en aquel caso.

El pasado sueño tornaba á encarnar en lo real, lanzando el reto nuevamente al osado que una noche supo evocarle al pie de las Pirámides. Traía tal vez la solución del problema que en aquellos instantes atormentaba á Pedro, la ocasión de reparar aquel desfallecimiento incomprendible, cuyo recuerdo le avergonzaba y confundía. El león abría otra vez á su lado las fauces perezosas, ofreciéndole nueva sazón de vencerle y humillarle; de introducirle en ellas aquel puñado de oro en mal hora recibido. ¡Ah! ¡Cómo haría entonces el domador chasquear el látigo vibrante, triunfador otra vez! ¡Cómo le arrojaría luego á las plantas de Carmen para que ella le hollara con su piecico gentil!... No se le ocultaba que el león había crecido en brío y corpulencia; pero esto mismo, ¿no era para añadir alicientes á la empresa y para hacerla irresistiblemente tentadora?

Las horas transcurrieron lentamente, haciendo desfilar ante los ojos del domador toda una extraña cabalgata de delirios. Un león gigantesco, de extraña majestad y grandeza, replegaba delante de él los miembros poderosos... Pedro le miraba sonriendo: el latiguillo trémulo rebotaba en la faz del monstruo que retrocedía lentamente... Y nuevos leones que parecían brotar de la tierra cercábanle por doquier, hoscos y vengadores, dispuestos á dar sobre su pecho el salto formidable; mas el poder magnético de la mirada, humillaban como su hermano, las testas salvajes hundiendo en tierra las garras impotentes. Y el domador hacía restallar el látigo y los leones:

empresarios emprendían una huida pavorosa y cobarde, en la que Pedro les perseguía, cruzando con ellos un vasto desierto, erizado, por extraño capricho, de tiendas blanquecinas y grises... Mas aquellas tiendas tenían balcones y ventanas y Pedro en un momento lúcido comprendía que aquel desierto cruzado no era sino un apartado barrio de Madrid, á aquellas horas silencioso y dormido..

El viejo portón hallábase entornado. Empujóle Pedro y penetró en un amplio portal, iluminado por el débil reflejo que partía de un farolillo, colocado en el suelo sin más ceremonia. Ni el portal, que por todo ornato ostentaba tal cual desconchado en sus blancas paredes y simétricas filas de cantos en su pavimento, formando un decorado primitivo, ni el arranque de una vetusta escalera, que asomaba por otra puerta abierta en el fondo, delataban un alojamiento de príncipes; sino más bien un destartado mesón, bueno á lo sumo para tratantes y mercaderes de plebeyo linaje; mas no era aquella hora ni sazón de meditar en tales circunstancias. Subió Pedro la escalera y avanzó por el primer corredor que ante sus pasos se ofrecía. El cual remataba en una puerta abierta de par en par, que daba franco acceso á una estancia iluminada.

Aquella habitación guardaba un misterioso, inexplicable parecido con la tienda de Bonaparte en el desierto. El austero lecho situado en un ángulo, la mesa portátil al frente de la entrada, y, lo más sorprendente de todo, el mismo huésped sentado tras ella con la pluma en la mano. en actitud de tranquila reflexión ante el comenzado escrito.

—Bravo, domador—dijo al entrar éste abandonando su tarea. — Sigues siendo el mismo de Egipto. No esperaba yo menos de tu puntualidad. Siéntate, porque un bravo como tú bien merece sentarse en mi presencia.

Sentóse Pedro sin nueva invitación y sintiendo terribles ansias de entrar en el punto para él importante del asunto, dijo con arrogancia:

—No soy el mismo del desierto. Aquel aceptó una dádiva tuya y el que hoy encuentras se avergüenza de haberla recibido y viene á devolvértela. Sé luchar con el león, no con el zorro; por eso allí me venciste con la astucia, no con la fuerza. Mas aquí con ninguna vencerás.

Bonaparte miraba á tierra distraído, según su costumbre habitual, y no pareció haberse fijado en la respuesta. De pronto preguntó:

—Domador, ¿en dónde me dijiste que era menester dar el golpe al león para irritarle?

—En las narices—dijo Pedro sorprendido de lo inesperado de la pregunta.

—En las narices—repitió Bonaparte pensativo. Tan extraño giro del diálogo provocó una pausa, que cortó Napoleón dirigiéndose de nuevo al visitante.

—Hombre extraño eres, por mi vida. No te amedrenta mi poder... ¿Sabes que á esta hora eres quizá el único en el mundo que no le teme y le respeta?

—Y que además le desprecia y desafía—repitió Pedro impaciente, sintiendo resurgir en su alma las indómitas arrogancias de antaño.—Toca mis pulsos y mis sienes y te convencerás de que en mí muere y se estrella el influjo incomprendible que en los demás ejerces.

Un rumor de cascabeles llegó á los oídos de los dos personajes. Bonaparte prestó á aquel rumor la atención que negaba á las palabras de Pedro. Aquello se hacía incomprendible.

—Escucha... Es un coche que parte.

—Necia broma—replicó Pedro con soberana altivez.—No es el rumor de un coche que llegue ó se aleje el que ahora zumba en tus oídos, sino el de mis palabras que te hieren y azotan como en la noche que nunca olvidarás.

—El coche ha partido—dijo Napoleón tranquilamente—y es una lástima cómo se encuentran con las lluvias esos caminos de Dios...

—¿Os burlais?

—Una verdadera lástima—siguió diciendo el caudillo.—Porque si Carmen, como es de presumir, no se encuentra acostumbrada á este género de viajes...

Un rugido, que parecía lanzado por el más indómito de sus leones, se escapó del pecho y de los labios de Pedro. Volvióse bruscamente hacia la puerta, pero la puerta se encontraba cerrada. Bonaparte le miraba sonriendo. Habló después lentamente, dejando caer sus palabras sobre el torturado corazón del oyente atónito.

—Tú no sabes más que domar leones, pobre diablo que soñaste medirte conmigo. Yo sé domar hombres. El león tiene en las narices el punto vulnerable. El hombre le tiene en otro sitio: no es en la ambición, ni en el heroísmo, ni en la gloria, necio mentecato: es en el amor. Allí es donde el dolor le rinde y aniquila: allí es la viviente, la trémula, la indefensa palpitación de las almas: allí el latigazo hiere y ensangrien-

ta, crucifica y distiende... ¡Pobre domador domado! No la verás más: acaso llegará á tus oídos la nueva de que la he casado con uno de mis bravos soldados. Y esta noticia, con su cortejo de martirios, será mi látigo que te busca, que te alcanza donde quiera que estuvieres, vengador perpétuo de tu osadía... ¿Crees que con Bonaparte se juega impunemente como con tus cachorros del Africa?

Pedro dió un paso hacia el coloso, con los ojos despidiendo rayos siniestros. Los labios contraídos se negaban á dejar salir el insulto supremo, la amenaza feroz é injuriente...

Napoleón alzó la frente y miróle al rostro con semblante burlón.

—¡Basta, mentacato!—dijo.—No se sigue soñando dos veces sobre un asunto mismo. Contentate con tu primer sueño y despierta del segundo.

Y dirigiéndose tranquilamente á una puertecilla desapareció de la estancia. Pedro giró por la habitación los atónitos ojos. La puerta por donde él había entrado se encontraba abierta otra vez; lanzó un grito y se precipitó por ella...

X

Dos días después; dos mortales días en los que el domador recorrió encrucijadas y caminos, visitó cien veces el mesón en donde otras tantas le juraron no haber dado jamás asilo á personaje alguno de alta calidad en años cincuenta de su tráfico honrado; dos días después, en los que nadie supo darle guía ni razón del paradero de Carmen, misteriosamente desaparecida, el domador se encontraba con un pliego análogo al que días antes recibiera. Sólo que éste decía así:

«Me llaman más altos menesteres que doncellitas españolas. Te devuelvo la niña por la primera diligencia que llegue al Parador de Madrid. He resuelto que te cases con ella, por parecerme golpe de gracia mucho más decisivo y eficaz que tu latigazo en las narices. La mocita es como un oro: dígalo uno de mis granaderos á quien ha

disparado un pistoletazo por un requiebro demasiado expresivo. Cásate, pues, y deja tus leones; pero no olvides el golpe en las narices que con semejante alimaña puede serte de gran utilidad.»

No dice más la peregrina historia, y aquí por tanto la da el autor como fenecida y terminada. Como apenas hay cosa en lo humano que á todos contente y no pueda prestarse á controversia y pleito, ella ha sido discutida bravamente. Quieren algunos decir que todo es fábula, cosa de viento y mentira, y que es bellaquería defender lo contrario; que Carmen y Pedro sólo han existido en la mollera del autor; que el amor al detalle nimio y vulgar que hacía á Bonaparte prestar atención á los juegos de naipes de sus soldados y conocer á estos últimos por sus nombres, no podía llegar á tanto que le hiciera tomar en serio y seguir á través de los años con tanto pormenor y detalle, una necia aventura habida con un loco; por último: que la presencia de Bonaparte en España y en el Parador de Madrid, ni cronológicamente, ni atendiendo á la ruindad del alojamiento, pueden tener posible explicación.

El autor no tiene aquí lugar ni tiempo para responder á tantas y tan varias objeciones; que sinó, á buen seguro que todas las pulverizara y deshiciera, saliendo él con su historia victorioso y triunfante. Pero, aun á trueque de ser también impugnado y desmentido, no quiere pasar en silencio un hecho final con aquella íntimamente relacionado.

Y fué el caso que pensando cierto día Napoleón en tronos y conquistas y viendo pintado en el escudo de España un rojo león, sonrió y túvolo á buen presagio, recordando su famosa aventura con aquel leoncete español de la narrada historia. Pero dicen (y aquí convienen con el autor todos los autores), que la experiencia hubo de enseñarle que algo iba de Pedro á Pedro y de león á león...

Alto L. Espinello

LA ECONÓMICA

FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molnedo, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

GRAN FÁBRICA

DE

CHOCOLATES DE AGUIRRE



Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

ALFREDO RIVERO
SOMBRERERÍA

Gran surtido en los artículos del ramo

Plaza de la Constitución, 4

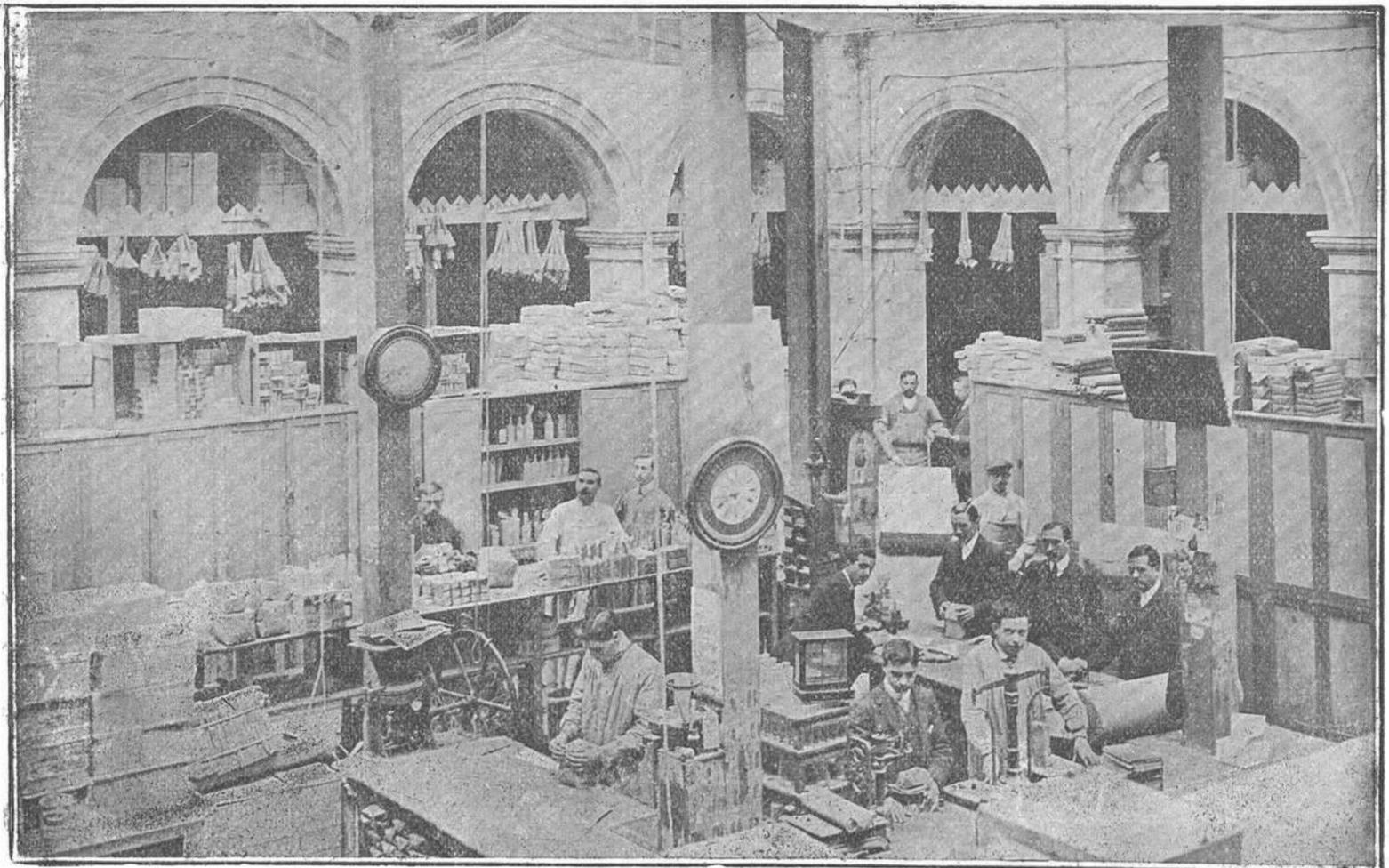
DESPACHO DE CARNES

DE

HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.



PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA.—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

PABLO MATA Y COMP.^A

LA EQUITATIVA

MUEBLES Y TAPICERÍA

CORCHO HIJOS
SANTANDER

Maquinaria, calderería, fundición, bombas.—Reparación de buques.—Cocinas, bañeras y lavabos.—Presupuestos y catálogos gratis.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

LA APARECIDA

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS
DE

JULIO OBESO GARCIA

PUENTE, 16

REINOSA

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

INTERESANTE PARA CABALLEROS

En la sastrería de Julián Sánchez encontrarán un magnífico surtido de impermeables color garantido, trajes y gabanes para las próximas estaciones de primavera y verano.

Corte irreprochable.—Inmejorables precios.

Lealtad, 2, (frente al nuevo puente)

SANTANDER

Anuncio en el interior de los tranvías eléctricos.— Más de TRES MILLONES de viajeros leen estos anuncios durante un año.

Anunciadora OPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Todo negocio es bueno si se anuncia mucho.

AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA

Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

JOAQUIN MADRAZO Y C.^A Frente á la estación de los
Serrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

Anuncio en azulejo esmaltado.—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Ferretería.—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.—Prado de Tantín.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

Hotel Restaurant El Antiguo.—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

La Zapita.—Lechería, proveedora del Sanatorio de Mardrazo.—Martillo, 2.

Compañía Santanderina de Navegación.—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

El Nuevo Altílo.—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios económicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católica), Santander.

Despacho de carnes.—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

RESTAURANT "EL CÁNTABRICO"

DE

Pedro Gómez Hernández

Hernán Cortés, 9.—SANTANDER

Es el mejor de la población.—Comida francesa y española.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos.—Hay habitaciones para los señores viajeros.

DESPACHO DE CARNES

DE

MANUEL FERNÁNDEZ

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera. Se sirve á domicilio.

Andrés Galarreta.—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

La Compañía de Maderas.—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar

Motores, Dinamos, Transformadores.—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Mardrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa clara, 11.—Teléfono número 216.

MÉDICOS

Especialista en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º.

Especialista en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º.

PROCURADOR

Emilio López Bisbal.—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º

DESPACHO DE CARNES

DE

FERNANDO SANTOS

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite.

FARMACIA DE LA ALAMEDA

A. LLORENDA MAZO

* Aguas minerales. * Productos químicos. * Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. * Ortopedia, etc., etc. * * * * *

Alameda 1.ª, 6 y 8.—SANTANDER

Café Restaurant del ANCORÁ

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5.—SANTANDER

Casa de primer orden.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial.—Gran terraza en los meses estivales.—Conciertos por reputados artistas.—Helados.—Teléfono número 181.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"
PROPIETARIO
BALDOMERO LANDA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES
ANÍS UDALLA * ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO
DE LOS CONOCIDOS *

PARA DETALLES
JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID
La Perra Gorda

CREMA POPULAR

CIEN PIETAS EN KILOS

...PARA...
CALZADO CUEROS

SOCIÉTÉ G^{LE} DES CIRAGES FRANÇAIS. SANTANDER

Caja: 10 céntimos

LIBRERÍA MODERNA
DE
MARIANO ALVIRA
Años de Escalante, número 10
SANTANDER

Surtido de obras españolas y extranjeras. Cen-
tro de suscripciones á todos los periódicos y re-
vistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de
Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

*Enfermos del estómago é intestinos,
tomad siempre el*

AGUA DE

HOZNAYO

— LA MEJOR —

AGUA DE MESA

NOVELAS publicadas por REVISTA CANTABRA

La coja del Machichaco, por Fernando Segura.

El amor de Carnaval y el Carnaval del amor, por Francisco Arpide y José Montero.

Del mismo tronco, comedia en dos actos, por Enrique Menéndez Pelayo.

ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1. — SANTANDER

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

NOVELAS DE REVISTA CÁNTABRA

En el número correspondiente al día 27 de mayo
aparecerá

UNA NOVELA

de ANGELO CASTAÑEDO, cuyo título anunciaremos.

Precio de este número: 20 céntimos